**PRIMER ENCUENTRO CON GUILLERMO THORNDIKE: JÚBILO Y MISTERIOS**

**Texto leído por** Enrique Sánchez Hernani en la presentación del libro *Los Topos* en la Feria del Libro Ricardo Palma, 4 de diciembre 2019

La reaparición de *Los topos*, a cargo de la curaduría editorial de Umberto Jara y de la diligente casa editora Planeta, nos conduce a releer no solo este estupendo libro, una gran crónica de la fuga de una nutrida columna del MRTA de una cárcel limeña, en las postrimerías del primer gobierno de Alan García, escrita con garra periodística y temple literario, que nos muestra al Guillermo Thorndike escritor, y que recomendamos ampliamente. También nos lleva a recordar los primeros días que pasamos con este gran escritor y periodista, aprendiendo los pormenores del oficio, cuando apenas era un reportero bisoño.

Entré a trabajar al diario La República, cuando éste tenía apenas dos meses de fundado. Se hacía en una oficina del cuarto piso de la cuadra 4 del jirón Huancavelica. Allí mandaba y tronaba su inmenso director, un hombre de contextura gruesa, alto, con el cabello rubio y ensortijado, que fumaba cigarrillo tras cigarrillo mientras en torno suyo deambulaban personajes de la cultura y la política, periodistas y muchos amigos que le contaban cosas que él atendía pacientemente, mirándolos con sus potentes ojos grises, por encima de los cristales de sus lentes para leer, los que guardaban precario equilibrio sobre la punta de su nariz. Era Guillermo Thorndike.

Todos le tenían un enorme respeto, no solo por su fructífera y dilata carrera periodística sino porque era un *bulldozer* para el trabajo. No solo dirigía el diario, sino que, a la vez, escribía libros, recetas de cocina, reescribía él mismo los reportajes extensos de otros y, oh milagro de la naturaleza, podía mantener una conversación culta con cualquier contertulio o hacer bromas donde soltaba su estruendosa risa, la que se oía por toda la sala de la redacción. Era, sin dudas, el Norman Mailer peruano, dueño de una imaginación insólitamente rica y de un humor atronador.

Poco me demoré en saber que, además, era amigo de sus amigos y que poseía una generosidad abierta. Mas no fue fácil acceder a su entorno. Cuando a Guillermo le propusieron mi nombre como nuevo redactor del flamante periódico, me cuentan que gritó sentado en el sillón de su escritorio: “¡Otro poeta no!”. Las razones de la negativa inicial me las contó luego él mismo. Ocurre que cuando había dirigido el diario La Crónica, puso en el suplemento Variedades a un trio de poetas: Juan Ramírez Ruiz, Jorge Pimentel y Enrique Verástegui, integrantes del entonces flamígero movimiento Hora Zero.

Me contó el ‘Gringo’ —así le llamaban los amigos— que los poetas le funcionaban en la redacción como un gremio. Entre ellos se apoyaban, se cubrían, compensaban sus faltas y tapaban sus errores. Y cuando él, en ejercicio de su autoridad de director, llamaba a alguno de ellos para reprenderlo, se aparecían los tres y le ponían cara de can apaleado. Verlos así, como niños a punto de recibir su castigo, le hacía soltar carcajadas, mientras los poetas no sabían el motivo del estruendo. “Así no podía llamarles la atención nunca”, me explicaba. Por eso ya no quería volver a trabajar con poetas. Pero finalmente lo convencieron mis ángeles promotores: Ana Teresa Molina, periodista y amiga mía, y Pedro Parra, el jefe de diseño. Hasta que me admitió.

Luego de trabajar un tiempo en la sección de Cultura, pasé al recién lanzado suplemento de fin de semana, llamado VSD. Como yo era un periodista principiante y porque el ‘Gringo’ algo vería en mí —cosa que hasta hoy le agradezco—, me puso de tutores al escritor Gregorio ‘Zambo’ Martínez y a Félix Álvarez, que firmaba sus artículos como Félix Azofra, un español cultísimo y que manejaba el lenguaje con solvencia de lingüista. Así premunido, hice mi primer reportaje extenso a la vedette cómica Nancy Cavagnary, la popular ‘Elsa Pito’. Ella acudió a la redacción del jirón Huancavelica, cargando dos grandes maletines con sus plumas y lentejuelas. Cuando pidió un cuarto para cambiarse, le dieron una sala amplia donde aún trabajaba una cuadrilla de obreros que se negó a salir aduciendo que tenían plazos que cumplir. Nancy, muy cunda, dijo que no se hacía problemas, con tal de que cada vez que se cambiase los obreros no mirasen para atrás. A su lado, yo tomaba nota de sus respuestas y el fotógrafo le disparaba sus flashes. Por supuesto, durante toda la entrevista, los obreros, nada disimuladamente, se volvían para espiar a la redondeada vedette. Pero ella como si nada.

El ‘Zambo’ Martínez solo me dijo, luego, que contara textualmente todo lo que había ocurrido y Azofra que lo hiciera en un estilo coloquial. Y después me arrojaron a la piscina de la redacción, para que nadara solo. Así fue como redacté mi primera crónica para el VSD. El día que esta apareció impresa, yo estaba al lado del editor Mario Campos en la inmensa sala de redacción. En eso se hizo un silencio denso. El ‘Gringo’ había entrado a paso apresurado, con sus lentes de leer montados en la nariz, medio despeinado y con unos ojos que despedían centellas. “¿Quién ha escrito esto?”, gritó con su vozarrón. Con una mano agitaba mi nota impresa. El silencio que siguió se podía cortar con un cuchillo. “¿Quién ha escrito esto?”, volvió a gritar, casi tronando. Mario Campos, temiendo una grave reprimenda, me defendió: “Guillermo, ten paciencia, es el chico nuevo que me has enviado”. El ‘Gringo’, agitando la página donde estaba mi crónica, miró a toda la redacción y dijo: “Así se escribe, mierda”. Y se fue.

Yo soy hijo de aquella escena que ha vuelto una y otra vez a mi memoria cada vez que volví la vista atrás en mis más de treinta años de periodista. Mis logros le pertenecen al autor de aquel ruidoso comentario. Es decir, soy la humilde hechura de Guillermo Thorndike; solo los errores son míos. Para mi suerte, a partir de entonces, el ‘Gringo’ me cogió cariño. Y cada vez le subía el tono a las comisiones periodísticas a las que me enviaba. Como cuando me ordenó que fuera al temible barrio de Mendocita, en La Victoria, para hacerle un reportaje a sus malandrines. “Para que veas que no te voy a abandonar —me dijo ante mi cara de espanto—, te mandaré con el ‘Chino’ Domínguez”. Y de la mano de ambos, recibí mi primera lección de calle, pero de la calle brava, de las de a verdad. La nota salió a triple página en el VSD.

En los primeros cinco años de La República fui un observador asombrado de las cosas que podía hacer Guillermo. Pude hacerme su amigo menor y observar de cerca varias de las anécdotas que ahora son unos clásicos del periodismo, como aquella donde conoció a ‘Gavilán’, un temible delincuente que acababa de dejar la prisión, tras haber dado muerte a otro malhechor, apodado ‘La China’, en una reyerta carcelaria, para vengar la muerte de su cabecilla, el ranqueado Luis D’Unián Dulanto, alias ‘Tatán’, un héroe del hampa. Ocurre que Guillermo había empezado a seriar en el diario las hazañas de los más temibles protagonistas de los bajos fondos, en parangón con la novela *A sangre fría* de Truman Capote, por capítulos diarios. En esos días se enteró de la liberación de ‘Gavilán’, que dejaba la cárcel tras décadas de encierro, y quiso contactarlo para que contara su vida. Pero este no le hizo caso. Hasta que de manera casual lo halló parado en una esquina del Jirón de la Unión, cuando ‘Gavilán’, urgido por la falta de dinero, se aprestaba a asaltar una joyería.

El ’Gringo’, reconociéndolo, detuvo su auto, se le aproximó y le reiteró su ofrecimiento. Al principio, el terrible cuchillero no quiso hablar con él. Pero Guillermo tomó un fajo de billetes y se lo metió al bolsillo. “Esto es a cuenta de contar tu historia —le dijo—. Te espero en el diario”. Y se fue. A los pocos días, ‘Gavilán’ se presentó en La República y buscó al ‘Gringo’. “Gracias, padrino —le señaló—. Yo estaba por asaltar una joyería, pero usted confió en mí. Y aquí estoy. Usted mande”. Así fue como el temible ex convicto pasó a seriar su agitada vida en el diario. De lunes a viernes la redactaban los curtidos redactores de la sección policiales y yo hacía el resumen de los sábados. Desde entonces ‘Gavilán’ se quedó en el diario; era algo así como el guardaespaldas de Guillermo y cuidaba los eventuales recojos de dinero de la venta diaria del periódico, labor que continuó realizando, más adelante, en Página Libre. Se volvió un amigo fiel y dejó el camino del delito.

A Guillermo le gustaba exigir al máximo a sus redactores y reporteros. Lo que hizo conmigo lo había hecho con otros. Era la acelerada ceremonia de entregarles la confianza para que luego los beneficiados pudiésemos dar todo en el diario. Además, era un amigo. Apretaba cuando debía, pero se ponía comprensivo cuando lo exigía la ocasión. Cuento la última anécdota. Cuando en 1985 vino el Papa Juan Pablo II al Perú, visitó varias partes del país llevando su mensaje religioso. Como era usual, el ‘Gringo’ dispuso una cobertura que no dejó escapar nada y que en consonancia con el suceso ocupaba páginas de páginas de la edición diaria.

A mí me envió a cubrir la visita del Santo Prelado al Cusco, en compañía del fotógrafo Manuel Vilca. Nunca había estado tan cerca de un personaje de esa dimensión y pese a mi postura agnóstica, mi pasado familiar católico me traicionó emocionalmente. La gran misa que celebró Juan Pablo II la hizo a primera hora de la mañana en un lugar majestuoso: en pleno Sacsayhuamán, que estaba atiborrado con miles de campesinos que lucían su mejor ropa y soplaban unas quenas de madera y sus flautas de cuernos de res o waqrapucus. El espectáculo era imponente y cuando el sol apareció por el este, en el lado opuesto subió el Papa a una gran tarima, con un hábito blanco de arreglos dorados, abriendo los brazos. Juan Pablo II, literalmente, empezó a resplandecer y los campesinos cayeron de rodillas levantando los brazos al cielo.

Fue tan impresionante la puesta en escena que yo, como los campesinos cusqueños, quedé absolutamente impactado y no me pude reponer. Cuando a media mañana me llamó Thorndike al hotel, yo no podía ni hablar. Vilca tuvo que explicarle que estaba en shock y que era incapaz de redactar una sola línea. Entonces el ‘Gringo’ comenzó a preguntarle los detalles del gran acontecimiento y con todos los datos que obtuvo, redactó él mismo la gran crónica que yo debí haber escrito. Y por razones de credibilidad periodística, la publicó con mi firma, como enviado especial. Por supuesto, fue la mejor crónica que he escrito en mi vida, solo que yo no fui su autor. Cuando volví a Lima, el ‘Gringo’ estaba muerto de risa. Quería hacer el que me reprendía, pero soltaba la carcajada. Me dio un abrazo, me perdonó y seguimos para adelante.

Y volviendo a la reedición de *Los topos*, ya celebraremos en alguna otra parte, querido Guillermo, cuando volvamos a vernos. Seguro que sí.